

El Nombre que congrega
“El que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30).

Autor: G. André

Jesús: “No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Tampoco hay otra persona que sea el centro de la reunión de los redimidos (Mateo 18:20). El deseo del Señor también es congregar a sus redimidos alrededor Suyo, para ser su Centro. Pero uno debe tener mucho cuidado para no aplicar estricta y teóricamente las verdades concernientes a la congregación, mientras individualmente deshonra al Señor, lo cual desacredita Su Nombre y Su testimonio, además de ser piedra de tropiezo para los que quieren acercarse.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
El cuerpo de Cristo	5
¿Quién forma parte de este Cuerpo?.....	5
¿Cómo funciona?	6
La casa de Dios	8
La ruina.....	10
¿Qué hacer?	11
1. El principio del “remanente”	11
2. El principio según el cual lo que es de Dios subsiste	13
Reunidos en asamblea.....	15
El culto o la reunión de adoración.....	15
¿En qué consiste el culto?	16
La reunión de oración.....	17
La distracción	18
La reunión de edificación.....	19
El ministerio y los dones	21
¿Cuál es el objetivo de este ministerio?	21
¿Cuál es el resorte de este ministerio?	22
¿Cules son los dones confiados?	22
La Cena y la Mesa del Señor.....	25
La celebración de los cristianos	25
El recuerdo.....	26
El anuncio de su muerte	27
La expresión de la unidad del Cuerpo	28
¿Cómo participar de la Cena?.....	29
¿Quién puede participar?.....	30
La disciplina	32
La esposa	34

Introducción

La Palabra dice, hablando de Jesús:

“ No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos
(Hechos 4:12).

Tampoco hay otra persona que sea el **centro de la reunión** de los redimidos (Mateo 18:20).

Después de haber liberado de Egipto a los hijos de Israel, Dios quiso reunirlos y habitar en medio de ellos en el tabernáculo (Éxodo 25:8; 29:45-46).

Cuando entrara “en la tierra” que el Señor le daba como posesión (Deuteronomio 12), el pueblo debía buscar el lugar donde Dios pondría su nombre. Transcurrieron varios siglos antes de que Jerusalén fuese conquistada y el templo erigido sobre el monte Moriah, donde Abraham había ofrecido a Isaac y David había ofrecido los sacrificios cuando sobrevino la peste. La nube llenó el templo (2 Crónicas 5:13) como había llenado el tabernáculo de reunión (Éxodo 40:34). Después de siglos de infidelidad de parte del pueblo y paciencia de parte de Dios, la nube abandonó el templo (Ezequiel 10:4, 18; 11:23); este, destruido y reedificado varias veces, finalmente fue asolado cuarenta años después de la muerte del Salvador.

Hoy la morada de Dios sobre la tierra ya no está en una casa hecha de manos, sino que, mediante su Espíritu, Dios habita en los corazones de los suyos. Efesios 2:21 nos presenta a los creyentes bajo la forma de un edificio en construcción que “va creciendo para ser un templo santo en el Señor”, edificio que solo será terminado cuando el Señor Jesús vuelva. Pero el versículo 22 los presenta como siendo juntamente edificados para ser actualmente “morada de Dios en el Espíritu”.

Las ovejas de Israel se mantenían juntas mediante el cerco de leyes y ordenanzas: era la época del “redil” (Juan 10:1). El Señor Jesús sacó de allí a sus ovejas judías (v. 3-4), pero dijo: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer (las que sacaré de entre las naciones)... y habrá un rebaño, y un pastor” (v. 16). De ahí en adelante no son las paredes las que mantienen juntas a las ovejas, sino un centro: el único Pastor.

En el libro de los Hechos vemos cómo las almas eran añadidas “a la iglesia” (cap. 2:47), o “al Señor” (de entre los judíos, cap. 5:14, V. M., de entre los gentiles, cap. 11:24), para formar “la iglesia” (v. 26).

Solo el Señor Jesús es el centro de la reunión. Un Cristo conocido en poder y en gracia es el que debe agrupar a las almas alrededor de sí mismo, y no doctrinas, por más útiles que sean en su debido lugar.

La Palabra emplea, entre otras, cuatro figuras para representar la congregación de los creyentes:

- **El rebaño**, cuyo centro es el Pastor de las ovejas;
- **El cuerpo**, cuya Cabeza es Cristo;
- **La casa**, cuya principal piedra del ángulo es Jesucristo;
- **La esposa**, cuyo Esposo es el Cordero.

El creyente es llamado a seguir individualmente al Señor. Esto se manifiesta en el andar, y Cristo es su **Modelo**. El deseo del Señor también es congregar a sus redimidos alrededor Suo, para ser su **Centro**. Pero uno debe tener mucho cuidado para no aplicar estricta y teóricamente las verdades concernientes a la congregación, mientras individualmente deshonra al Señor, lo cual desacredita Su Nombre y Su testimonio, además de ser piedra de tropiezo para los que quieren acercarse.

El cuerpo de Cristo

“¿Por qué me persigues?”,

“

dijo el Señor de gloria a Saulo, derribado súbitamente en el camino a Damasco (Hechos 9:4). De hecho, Saulo no perseguía a Jesús, sino a los Suyos. No obstante, al perseguir a los discípulos de Jesús, Saulo arremetía contra el Señor mismo, quien los reconocía como siendo uno con Él. Saulo sería el vaso mediante el cual Dios revelaría el misterio escondido desde los siglos (Efesios 3:4-6, 9): la unión de Cristo con Sus redimidos en un solo cuerpo.

¿Quién forma parte de este Cuerpo?

1 Corintios 12:13 declara:

“

Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres.

El bautismo del Espíritu Santo tuvo lugar durante Pentecostés. Esta expresión se emplea solo en relación con la formación del cuerpo de Cristo. Desde entonces, todos los que oyeron y creyeron el Evangelio fueron “sellados con el Espíritu Santo” (Efesios 1:13). Así, todos los creyentes han llegado a ser participantes de ese bautismo, y por medio del Espíritu Santo forman un solo cuerpo. El Espíritu Santo como Persona vino a la tierra durante Pentecostés, y dejará este mundo juntamente con la Iglesia cuando el Señor venga (véase 2 Tesalonicenses 2:7). Todos los creyentes, pues, desde Pentecostés hasta el retorno del Señor Jesús, forman parte del “cuerpo” de Cristo (Efesios 1:23). Esta expresión también se emplea para referirse a todos los santos que viven en la tierra en un momento dado (Romanos 12:5), o bien, a todos los creyentes que existen en una localidad en cierto momento (1 Corintios 12:27).

Esa unidad del cuerpo de Cristo existe, y es producida por el Espíritu Santo como resultado de la obra del Señor Jesús en la cruz. No se trata de crearla, sino de guardarla (Efesios 4:3) y manifestarla. Según 1 Corintios 10:17, «no existe otro medio de representar o expresar públicamente la unidad del cuerpo de Cristo sino partiendo el pan» (R. B.).

El cuerpo de Cristo es un organismo vivo y no una institución de la cual uno forma parte porque se adhiere a cierta profesión de fe o porque está de acuerdo sobre diversos puntos. Que lo sepa o no, que lo quiera o no, todo redimido del Señor es un miembro del cuerpo de Cristo a causa de lo que el Señor Jesús hizo por él y con él. Se trata, pues, de expresar lo que uno es, y no de llegar a serlo.

¿Cómo funciona?

Efesios 4:15-16 y Colosenses 2:19 nos muestran que el cuerpo obtiene todo de la cabeza, la cual es Cristo en el cielo. De Él, según la obra de cada miembro en particular, “el cuerpo... se aumenta con el aumento de Dios” (Colosenses 2:19, V. M.). En el cuerpo, “bien concertado y unido entre sí”, y “nutriéndose”, solo puede haber prosperidad si “todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro”, cumplen lo que les ha sido confiado; de otra manera el resultado será debilidad y confusión.

Todo emana de la cabeza; pero el Señor ha querido servirse de los miembros del cuerpo para su funcionamiento práctico en la tierra. El cuerpo es uno, pero se compone de varios miembros que tienen una gran diversidad de funciones y dones (Romanos 12; 1 Corintios 12; Efesios 4).

Nadie debe escoger el servicio que desea, pues "ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso" (1 Corintios 12:18). Él quiere que

Los miembros todos se preocupen los unos por los otros (v. 25).



Diversos **dones** han sido dados a la Iglesia, pero también toda clase de **funciones**: ayudar, gobernar (V. M.), el servicio, la distribución, el ministerio de la misericordia.

Tres **peligros** amenazan a los miembros del cuerpo:

- El primero y más frecuente es no discernir ni cumplir la función que el Señor les ha confiado. Uno se adormece, permanece indiferente a los intereses de la Iglesia de Dios, no se ejercita para saber qué don le ha confiado el Señor, ni para desear ardientemente uno mejor (véase 1 Corintios 12:31). ¡Qué pérdida, no solo para uno mismo, sino para el conjunto!
- El segundo peligro lo constituyen los celos (1 Corintios 12:15-17): ¡el servicio que me fue asignado me parece tan insignificante que quisiera el de otro, más destacado!

- El tercer peligro consiste en estar tan persuadido de la función recibida que se llega a menospreciar a los débiles (1 Corintios 12:21-23): ¡Solo mi don es importante, no necesito a los demás! ¡Peligro más frecuente de lo que parece a primera vista! No olvidemos la exhortación de 1 Corintios 4:7:

“ ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?

Pero estos peligros no deben hacernos perder de vista la hermosura de ese organismo único al que el Señor y la fe consideran hoy tan real como en los primeros días de la historia de la Iglesia en la tierra. “Hay un solo cuerpo”. La fe no duda de ello sino que incluye en ese mismo organismo a todos los rescatados del Señor, esparcidos en todos los países, condiciones y denominaciones humanas que, a menudo, ocultan su verdadero carácter.

¿Por qué quiso el Espíritu de Dios colocar el capítulo 13 entre 1 Corintios 12 (que nos habla del cuerpo y de sus miembros) y 1 Corintios 14 (que nos presenta su funcionamiento práctico en la Iglesia? **Porque nada puede prosperar sin amor.** Es el marco de Efesios 4:15-16: “Siguiendo la verdad en amor... edificándose en amor”. No el amor que se busca en los demás, ni el que se pretende hallar en la congregación, sino el amor del Señor, el cual nos penetra y nos lleva a amar “porque él nos amó primero”; amor sin el cual “vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe...”, si “no tengo amor... nada soy... de nada me sirve”; amor que es el mayor del mundo, amor que “nunca deja de ser”.

La casa de Dios

La Palabra también nos presenta al conjunto de los creyentes como la casa de Dios aquí en la tierra.

Las tablas del tabernáculo eran una figura de ello: cada tabla había sido tomada de un árbol que crecía de la tierra; se le daba forma, se la cubría con oro y era colocada sobre basas de plata. Tal es el redimido: sacado de este mundo, revestido de la justicia de Dios en Cristo, fundado sobre la redención. Pero una tabla, por sí sola, no podía mantenerse erguida; fue necesario unir las tablas en un conjunto para formar el tabernáculo, la casa de Dios.

Sucedió lo mismo con las piedras del templo de Salomón. Eran sacadas de la cantera, labradas conforme a la medida necesaria, y luego eran llevadas al edificio que se levantaba progresivamente.

Y hoy,

“ Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual.

Esta casa espiritual es “morada de Dios en el Espíritu” en un momento dado en la tierra, como también es “un templo santo en el Señor”, el cual va creciendo hasta que esté terminado y el Señor se lo lleve junto a Él (Efesios 2:21-22).

La casa de Dios es:

Tal como el Señor la edifica

En Mateo 16 el Señor dice: “Edificaré mi iglesia”. Era, pues, él quien quería edificarla; pero en ese momento este edificio todavía era algo futuro; solo en Hechos 2 lo vemos surgir. Cristo mismo es la roca del fundamento, la piedra principal del ángulo. A través de los siglos él agrega piedras vivas, unas tras otras, hasta que, acabado su trabajo, la Iglesia sea la santa ciudad que vemos brillar al final del Apocalipsis.

Pero, bajo otro aspecto, la construcción de ese edificio ha sido:

Confiada al hombre

1 Corintios 3:9-17 nos presenta el cuadro de ello. El fundamento ha sido puesto: Jesucristo. Los apóstoles, y luego los demás siervos de Dios a través de los siglos, han edificado sobre este fundamento. Pero no todos trajeron “oro, plata, piedras preciosas”, es decir, enseñanzas según la Palabra que “engendra” almas que tienen la vida de Dios, revestidas de la justicia de Dios en Cristo, fundadas sobre la redención y capaces de reflejar algunas de las glorias del Señor Jesús. Otras enseñanzas solo han producido “madera, heno, hojarasca”: mucha apariencia, gran volumen (¡en contraste con una piedra preciosa!), pero ninguna realidad. Cuando el fuego prueba semejante obra, esta es quemada, aun cuando el siervo mismo –si poseía verdaderamente la vida de Dios– es salvo, pero como si pasara por fuego. Otros, por su parte, no solo han traído malos materiales, sino que han corrompido el templo de Dios, y Dios los “destruirá” (v. 17).

En semejante edificio (la cristiandad) hay, pues, una mezcla de personas: unas que tienen la vida de Dios, otras que tal vez tienen una vida recta y ordenada pero que no han nacido de nuevo, y otras que son verdaderamente corrompidas. La “casa de Dios” viene a ser una “casa grande”, como lo veremos en 2 Timoteo 2.

El cuerpo de Cristo nos ha dado, pues, la idea predominante de la indisoluble unión, de la **unidad** de los rescatados; la casa de Dios pone ante nosotros la **responsabilidad** de los que la edifican y de los que pretenden formar parte de ella.

La ruina

¿Por qué esta casa, tan bien fundada y edificada en el principio, ha sido arruinada al punto de presentar la confusión actual?

“**Mientras dormían los hombres... un enemigo ha hecho esto**
(Mateo 13:25, 28).

El **Señor** lo había anunciado de antemano, particularmente en las parábolas de Mateo 13. La del trigo y la cizaña nos muestra lo que vino a ser la Casa de Dios: una mezcla de hijos del reino y de hijos del maligno; la del grano de mostaza nos habla del desarrollo anormal de la Iglesia, el que termina en un gran árbol que abriga el mal en sus ramas; la de la levadura anuncia cómo las tres medidas de harina –perfección y pureza del Señor Jesús y de todo lo que le atañe– han sido contaminadas con un poco de levadura, de modo que toda la masa está leudada. 1 Corintios 5:6 nos muestra el peligro de la levadura como mal moral en la conducta de los que se llaman hermanos; Gálatas 5:9 aplica la misma expresión a las enseñanzas erróneas de los que hacen caer “de la gracia” a las almas.

Los **apóstoles** habían predicho esa ruina. Pablo habla a los ancianos de Éfeso sobre los “lobos rapaces” que entrarían en medio de ellos y no perdonarían al rebaño; también advierte acerca de hombres que se levantarían entre ellos mismos y que hablarían “cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hechos 20:29). Muchas epístolas, como la segunda a Timoteo, la segunda de Pedro, la de Judas y las de Juan, nos presentan el cuadro de ese mal que iría creciendo. A su vez, las cartas a las siete iglesias de Apocalipsis 2 y 3 nos muestran cómo, después de haber dejado su primer amor, la Iglesia se alejó cada vez más del Señor para llegar al estado de Laodicea, en la que Él no tiene más lugar (Apocalipsis 3:17, 20).

Esta ruina también está **visible** hoy en día. En cuántos círculos la incredulidad y el racionalismo han causado estragos. En otras partes encontramos el ministerio del hombre y el establecimiento de jerarquías; casi en todas partes hay formalismo, divisiones y subdivisiones. Resulta inútil negar esa ruina. Es menester reconocerla, humillarse a causa de ella y aceptar sus consecuencias. Creer que se podría «volver a empezar» sería exponerse a una nueva ruina, porque el hombre sigue siendo el hombre, pese a todo lo que la gracia trajo.

No debemos, pues, esperar la restauración de la Iglesia como testimonio sobre la tierra. Dios no repara lo que el hombre ha echado a perder. Pero podemos estar seguros de que lo que Cristo ha hecho permanece. “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). Es im-

portante, pues, distinguir entre lo que está arruinado (la casa de Dios como algo confiado a la responsabilidad del hombre) y lo que permanece (el cuerpo de Cristo, la esposa del Cordero, la promesa de la presencia del Señor en medio de los dos o tres congregados en su nombre).

¿Qué hacer?

¿**Quedarse solo**? Este pensamiento atrae a algunos. J. N. Darby escribió una vez: ¡Es más fácil para uno andar solo que tomar parte en las tristezas de la Iglesia de Dios en la tierra! Pero, el deseo del Señor es congregar a los suyos. Con pena, Él les dice en Juan 16:32: “Seréis esparcidos cada uno por su lado”. Pero ¡qué alegría en la noche de la resurrección! Se presentó en medio de ellos, les mostró sus manos y su costado. “Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (Juan 20:20).

Ezequiel 43:10 nos da una enseñanza práctica, aplicable a la situación actual: “Tú... muestra a la casa de Israel esta casa, y avergüéncense de sus pecados”. El Señor pone ante nosotros lo que Él ha hecho, es decir, la Casa de Dios tal como Él la ha edificado. “Y si se avergonzaren de todo lo que han hecho, hazles entender el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas”. Si nuestros corazones se humillan y se entristecen al ver lo que, con responsabilidad solidaria, hemos hecho de lo que el Señor nos ha confiado; si realmente nos sentimos avergonzados por ello, el Señor nos mostrará un camino, una salida. Nos dará a conocer sus pensamientos pese a las dificultades de los días actuales.

Hoy, como otrora, el Señor nos llama a **salir a Él, fuera del campamento**, y a hacerlo como **miembros de su Cuerpo**.

Para entender la posición que pueden tomar hoy en día los rescatados que desean, pese a todo, congregarse en torno al Señor, es necesario considerar dos principios fundamentales que llamaremos:

El principio del “remanente”.

El principio según el cual lo que es de Dios subsiste.

1. El principio del “remanente”

Cuando Israel hizo el becerro de oro, la justicia de Dios hubiera tenido que destruir al pueblo. Sin embargo, respondió a la intercesión de Moisés y lo perdonó.

“ Moisés tomó el tabernáculo, y lo levantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó el Tabernáculo de Reunión. Y cualquiera que buscaba a Jehová, salía al tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento
(Éxodo 33:7).

El pueblo, en su conjunto, no salía; miraba en pos de Moisés, desde la puerta de su tienda, “hasta que él entraba en el tabernáculo” (v. 8); sin embargo algunos salían efectivamente fuera del campamento (v. 7), un remanente que buscaba a Dios.

En Ezequiel 9 vemos al hombre vestido de lino poner una señal en la frente de los hombres que gemían y clamaban a causa de todas las abominaciones que se hacían en Jerusalén. El conjunto sería alcanzado por el juicio, pero un remanente que temía a Dios iba a ser perdonado.

En Malaquías 3:16 hallamos el mismo principio. Había transcurrido un siglo desde el retorno de la cautividad. Entre los que un día habían aclamado con júbilo la fundación del templo, solo quedaban, en medio de la multitud descarriada, algunos que “temían a Jehová” y que “hablaron cada uno a su compañero”. Era un remanente que pensaba en Su nombre, para quienes “fue escrito el libro de memoria”.

Volvemos a encontrar el mismo principio en 2 Timoteo 2:14-22. Varios contendían sin ningún provecho y “para perdición de los oyentes”; otros pronunciaban “profanas y vanas palabrerías”, lo cual los conducía más y más a la impiedad, y sus palabras carcomían como gangrena. Presenta casos concretos de falsas enseñanzas, como los de Himeneo y Fileto. Algunos los escuchaban, y su fe fue trastornada. Grande era la responsabilidad de los que enseñaban equívocamente; y grande era también la de los que los escuchaban. ¿Qué hacer en semejante situación?

Lo que Dios ha establecido permanece, como lo veremos enseguida, y el Señor conoce “a los que son suyos”. La responsabilidad de los que buscan al Señor es entonces doble: apartarse de la iniquidad, es decir, de todo lo que el hombre ha establecido y que no es conforme a la Palabra de Dios, y limpiarse de los utensilios para usos viles. Por analogía con 1 Corintios 3 se podría ver, en los utensilios de oro y de plata, a los rescatados que tienen la vida de Dios y están fundados sobre la redención. Mientras que en los utensilios de madera y barro, materiales que no soportan el fuego, se puede ver a los que no tienen la vida. También se podría, según el contexto de los versículos anteriores en 2 Timoteo 2, comparar los utensilios “para usos viles” con los que ense-

ñan falsamente y con sus oyentes. Por último, no se trata únicamente de la realidad interior de la vida divina (la que, a veces, solo el Señor discierne, v. 19), sino también del testimonio dado (compárese con el v. 22).

Sin embargo, no es la voluntad de Dios que uno permanezca solo: “Sigue –dice el apóstol– la justicia, la fe, el amor y la paz **con** los que de corazón limpio invocan al Señor”. Así se forma un remanente según los mismos principios del Antiguo Testamento, a fin de buscar al Señor y no pronunciar Su nombre en vano. Pero, según Hebreos 13, si es necesario salir “fuera del campamento”, la Palabra subraya: “Salgamos, pues, **a él**”, se trata de ir a Jesús: Cristo como centro de reunión permanece. Hoy, como en los primeros días de la Iglesia, el mismo Nombre es el que congrega.

2. El principio según el cual lo que es de Dios subsiste

Hemos visto que si la casa de Dios confiada al hombre ha sido arruinada, no ocurre lo mismo con el cuerpo de Cristo constituido por todos los rescatados. Este, a los ojos del Señor y para la fe, subsiste hoy como en los primeros días. Si uno se congrega según el principio del remanente, debe hacerlo como miembro del cuerpo de Cristo y no para formar una congregación basada en el común acuerdo de sus miembros. El Señor Jesús nos ha unido, **por eso** tenemos el derecho y el deber de reunirnos como miembros de Su cuerpo. No hay otra base de reunión. No se trata de crear algo, sino, como se ha dicho, de «manifestar lo que existe». En tal congregación se debe estar sumiso al Señor, Cabeza del cuerpo y Jefe de la Iglesia, el único que confiere dones y llama a sus siervos. No habrá consagración oficial ni jerarquía humana. Se permanecerá sumiso a la Palabra y se evitarán cuidadosamente los puntos de vista particulares. El Espíritu Santo dirigirá la acción en la asamblea, no lo hará un clero establecido.

En la práctica es difícil, y a menudo doloroso, integrar estos dos principios: aplicar solamente el del remanente conduce a una posición sectaria; ceñirse únicamente al principio según el cual lo que es de Dios subsiste, conduce a asociarse a todos los creyentes sin discernimiento.

De hecho, el cuerpo de Cristo incluye a todos los rescatados, y solo podemos congregarnos porque somos miembros de ese cuerpo, no porque estemos de acuerdo con ciertas ideas o puntos de coincidencia. Después de haber salido “a él, fuera del campamento”, nos congregamos porque él nos ha reunido. Semejante reunión **expresa** la unidad del cuerpo mediante el partimiento del pan según 1 Corintios 10:17; **excluye** toda organización humana o congregación sobre otra base. En substancia, **incluye** y está abierta a todos los creyentes, porque son miembros del cuerpo.

Recibe a todos los que, siendo miembros del cuerpo de Cristo, quieren reunirse en torno al Señor como tales, siendo portadores de la doctrina de Cristo, no contaminados con falsas doctrinas ni asociados a ellas, y andando en el temor de Dios.

Frecuentar otra reunión establecida sobre una base distinta y, más aun, partir el pan en ella, es desconocer el fundamento mismo de la reunión según la unidad del cuerpo, y reconocer prácticamente congregaciones establecidas sobre otros principios.

Esto no afecta las relaciones individuales de los hijos de Dios entre sí, según la unidad de la familia de Dios, hijos que tienen todos un mismo Padre, una misma vida: ese principio de la unidad subsiste plenamente, y la comunión fraterna que depende de él está realizada, a veces hasta muy vivamente, por hijos de Dios separados eclesiásticamente.

Nunca debemos comportarnos con verdaderos hijos de Dios que andan en su temor –aun cuando no podamos reunirnos con ellos en torno al Señor a causa de la posición que ellos toman– como nos comportamos con personas del mundo. Un incrédulo es lo que la Palabra llama “hijo del diablo” (1 Juan 3:10), ajeno a la vida de Dios (Efesios 4:18), con el cual de ninguna manera podemos unirnos en un “yugo desigual”.

En la práctica, sabemos cómo el enemigo ha conseguido oscurecer y estropear el testimonio dado a estas verdades; sin embargo, esta no es una razón para abandonarlas. Reconocer la ruina y sus consecuencias, estar seguros de que permanece lo que es de Dios; aprovechar humildemente todo lo que aún poseemos por medio de la gracia, al mismo tiempo que tener conciencia y estar entristecidos por lo que falta; contar con la promesa del Señor Jesús, quien está en medio de dos o tres congregados en su nombre... todo esto puede ser nuestra parte. Y si estamos convencidos de ello, velemos cuidadosamente para no elevar ninguna pretensión fuera de lugar, la que sólo puede traer el juicio del Único que tiene el derecho de decir: “Yo conozco tus obras” (Apocalipsis 2:2, 19).

Si por la gracia de Dios uno se halla en una congregación así, es muy importante apreciarlo, pese a todas las flaquezas e inconsecuencias que puedan manifestarse en ella. Buscaremos, en la dependencia del Señor y en la sumisión los unos a los otros en el temor del Señor, ser un instrumento de bendición que trae el bien, que ayuda, edifica, alienta (véase Romanos 14:19), un instrumento “útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”. Asiéndonos “de la Cabeza”, el Centro, seremos guardados del desaliento y del orgullo (Colosenses 2:19).

Reunidos en asamblea

La Palabra reconoce ocasiones en que la Iglesia como tal está reunida en la presencia del Señor, teniendo fe en Su promesa: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Estas reuniones tienen cuatro caracteres:

1. Para ofrecer: la adoración, el culto
2. Para pedir: la oración
3. Para recibir: la edificación
4. Para contristarse: la humillación

Otros encuentros ocasionales o limitados no tienen ese carácter de reunión de iglesia: la escuela dominical, reuniones para jóvenes, una reunión de evangelización convocada por un evangelista a quien el Señor ha dotado con este fin. Otros encuentros, según las circunstancias, podrán tener o no el carácter de reunión de Iglesia, tales como las realizadas por motivo de un casamiento, o para la enseñanza en la Iglesia (como en Hechos 11:26), e incluso para informar a la Iglesia sobre la obra del Señor (como en Hechos 14:27; 15:7, 12).

El culto o la reunión de adoración

Leer con atención, entre otros, los siguientes pasajes: Juan 4:23-24; 1 Pedro 2:5; Hebreos 13:13-16; Filipenses 3:3.

¿Qué es el culto?

Es «la adoración dada en común a Dios, por lo que él es en sí mismo y por lo que él es y ha hecho a nuestro favor» (H. R.; J. N. D.). Es el servicio más elevado del creyente en la tierra; responde al deseo del **Padre**, quien busca adoradores (Juan 4:23); el **Señor** mismo entonó la alabanza el día de su resurrección (Salmo 22:22). Solamente por el **Espíritu** de Dios podemos rendir el culto (Filipenses 3:3).

El **objeto** del culto es el Padre y el Hijo. La adoración no se dirige al Espíritu Santo; él es el poder.

El **tema** del culto no es solo el agradecimiento que sentimos hacia Dios y hacia el Señor Jesús por lo que fue hecho por nosotros, muy especialmente en la cruz; el culto se eleva para adorar lo que Dios es en sí mismo, lo que hizo para Cristo y de Cristo. Celebra lo que el Señor Jesús es en sí mismo, su abnegación hacia Dios, su obra por nosotros. El culto podrá subir más alto aún, hasta el eterno amor del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre.

Los sacrificios de Levítico nos ayudan a entrar mejor en los diversos aspectos de la adoración en relación con la obra de la cruz.

¿En qué consiste el culto?

“ Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Pedro nos habla de “**sacrificios espirituales** aceptables a Dios por medio de Jesucristo”, y Hebreos 13 destaca el “fruto de labios que confiesan su nombre”. En la Palabra de Dios, solo los redimidos cantan. Hallamos un primer **cántico** cuando Israel, liberado de Egipto, más allá del mar Rojo, entona la alabanza al que lo redimió. Ciertos himnos hablan **de** Dios o **de** Cristo; otros, más elevados, se dirigen directamente **al** Padre o **al** Hijo.

Acciones de gracias serán expresadas por un hermano, boca de la iglesia, el que si verdaderamente es conducido por el Espíritu Santo, expresará los sentimientos del conjunto y permanecerá en la corriente de pensamiento que el Espíritu haya impreso al culto ese día.

Momentos de **silencio** también formarán parte de la adoración. Cuando María quebró su vaso de alabastro, no pronunció ninguna palabra, pero “la casa se llenó del olor del perfume” (Juan 12).

Una apropiada lectura de algunos versículos de **la Palabra** podrá estimular y orientar la alabanza y ayudar a expresarla mejor; pero el ministerio propiamente dicho no tiene su lugar en el culto. Al final de la hora consagrada a la adoración, el ministerio puede ejercerse de un modo útil y provechoso en relación con los pensamientos que el Espíritu haya puesto en los corazones y en las bocas.

La **beneficencia** también forma parte integrante del culto, según 1 Corintios 16:2: “Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado”; y Hebreos 13:16: “De hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada

Dios”. Esto nos recuerda el pasaje de Deuteronomio 26:12-13, donde las necesidades de los siervos de Dios, así como las del huérfano, de la viuda y del extranjero son puestas ante el israelita que venía a ofrecer su canasta con las primicias de todos los frutos.

Más todavía que las palabras, los cánticos y las oraciones, el acto mismo de la **Cena** expresará el agradecimiento y la adoración; es el centro normal del culto, su punto culminante, aun cuando se puede concebir una reunión de culto sin Cena.

Cuando el culto es verdaderamente celebrado por el Espíritu de Dios, existe armonía en los pensamientos, y se establece cierta corriente de pensamiento –unas veces en una dirección, otras veces en otra– para alabar al Padre por su amor, o al Cordero por su sacrificio, o para recordar cómo ha sido abierto el santuario, o incluso para celebrar la humillación y la exaltación del que “lo llena todo”.

No se asiste a la reunión de culto para recibir una bendición y fuerza; menos todavía para hallar en él el perdón de sus pecados. Estas cosas ya se han **recibido**, por eso conviene expresar el agradecimiento por ellas. El verdadero culto no se puede realizar si no se tiene la paz con Dios y si no se entra en el santuario “en plena certidumbre de fe” (Hebreos 10:22).

Todos los creyentes son sacerdotes. Es muy deseable que la alabanza –bajo forma de cánticos u oraciones– sea expresada por diversos hermanos y no esté reservada a dos o tres. Y si tenemos el profundo sentir de la insuficiencia de nuestras alabanzas, acordémonos que son ofrecidas a Dios “por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5), nuestro “gran sacerdote” (Hebreos 10:21). A causa de él obtendrán “gracia” (compárese Éxodo 28:36-38).

No hay hora más preciosa sobre la tierra, ni servicio más elevado, que el de responder al deseo del Señor Jesús, quien nos dice: “Haced esto en memoria de mí”. Es, como la que hizo María, “una buena obra” para con él.

La reunión de oración

“ Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo (o mejor dicho: “están de acuerdo”) en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos (Mateo 18:19).

Esta promesa precede inmediatamente a la seguridad que el Señor da de su presencia en medio de dos o tres congregados en Su nombre; de ahí la importancia de la reunión de oración y de acudir a ella.

Los que oran están “de acuerdo”. No se trata de un acuerdo concertado de antemano, sino que el Espíritu Santo produce en ellos este acuerdo, al que el que pronuncia la oración no hace más que dar expresión. Se entiende cuán inicuas son las oraciones que expresan el desacuerdo entre hermanos, las cuales terminan en la condenación de Santiago 5:9.

Como en el culto, es importante orar “en el Espíritu Santo” (Judas 20). Las oraciones serán cortas, pedirán una “cosa” y evitarán cuidadosamente una larga enumeración que no deje lugar para los que también tengan en el corazón el deseo de orar. La oración en asamblea no tiene por fin exponer verdades a Dios. Sin duda se podrá apoyar en promesas o enseñanzas de la Palabra, las cuales se mencionarán como fundamento de las necesidades expuestas; pero esto es algo muy distinto. Finalmente, no se presentarán las circunstancias personales, sino las de la Iglesia o las de los individuos que la componen, la obra del Señor en el mundo, las almas perdidas. En resumen, las innumerables necesidades que la Iglesia como tal sienta que es preciso exponer al Señor por boca del que pronuncia la oración.

Más que en cualquier otra reunión, **todos los hermanos varones** son llamados a expresar la oración; en esto hay una particular responsabilidad de los jóvenes, quienes ciertamente serán alentados por sus mayores si deciden de corazón, en dependencia del Señor y con tacto y mesura, tomar parte activa en tal encuentro.

Agreguemos, finalmente, que todos –hermanos y hermanas– deben decir “amén”, salvo si la oración fue ininteligible (véase 1 Corintios 14:16) o verdaderamente fuera de lugar. El amén no solo debe ser pensado, sino dicho.

Para estar prácticamente en condiciones de expresarse en la reunión de oración, es necesario haber orado habitualmente con otros: entre amigos, en familia, cuando se hacen visitas. Nada cimienta más una amistad en Cristo que el hecho de acercarse juntos al Señor mediante la oración. No temamos ejercitarnos en ello desde nuestra juventud.

La distracción

¡Qué poderosa es esta arma en las manos del enemigo para hacernos perder los beneficios del culto y de la reunión de oración!

Para evitar las distracciones provocadas por nuestras ocupaciones cotidianas, tomemos la firme costumbre, como Nehemías otrora, de cerrar las “puertas” de nuestro espíritu a estas cosas en cuanto vaya “oscureciendo” en vísperas del día del Señor, para volver a abrirlas solo después de que haya pasado. Si en oración se cuenta con el Señor, él dará la fuerza para hacerlo (véase Nehemías 13:19-21).

En cuanto a nuestras preocupaciones y penas, es importante que **antes** del culto o de la reunión de oración “sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7). Preciosa promesa de la que podemos apoderarnos y cuya exhortación debemos poner en práctica.

Una vez reunidos en torno al Señor, concentremos nuestros pensamientos y las miradas de nuestra alma en él, y no en lo que nos rodea. Las miradas furtivas y las sonrisas que a veces se intercambian son incompatibles con la presencia del que está allí, aunque invisible. ¡Y puede ocurrir que en espíritu salimos de la sala de reunión antes de la hora, aun cuando físicamente nos quedemos allí!

La reunión de edificación

1 Corintios 14 nos presenta un cuadro de ella. Toda la congregación está reunida y, por medio de un hermano u otro, el Señor da un “salmo”, una “doctrina”, una “revelación”. No se trata, propiamente dicho, del ejercicio de los dones; pero “podéis profetizar todos uno por uno”. En la misma reunión, la norma es “dos o tres” (lo cual no es limitativo, como para las lenguas: “dos, o a lo más tres”); sin embargo, en el conjunto de las reuniones, cada uno puede ser el instrumento del que el Señor se sirva.

Todo debe ser hecho “para edificación”: lectura pública de la Palabra (véase 1 Timoteo 4:13), exhortación o consolación que emanan de ella. Los cánticos también pueden “edificar” (Colosenses 3:16), asimismo las oraciones (1 Corintios 14:17).

Acudiendo en busca del Señor, y teniendo fe en la obra del Espíritu en la Iglesia, se hallará la bendición de tales encuentros. Es importante que todos los hermanos estén ejercitados en cuanto a participar. No se confiará necesariamente esta responsabilidad a uno u otro que tenga un don especial o que esté de paso. Pero, ¿cómo presentar aquello de lo que no nos hemos alimentado nosotros mismos? ¿Cómo depender del Señor en la reunión si no hemos andado diariamente en su comunión y en sus pisadas?

También es importante recordar que el que habla lo hace como oráculo de Dios (1 Pedro 4:11, V. M.). ¡Solemne responsabilidad para él, pero también para los oyentes!

No apaguéis al Espíritu,

“

dice el apóstol Pablo a los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 5:19). Esto se puede hacer tomando la palabra a destiempo o absteniéndose de tomarla cuando el Espíritu conduce a hacerlo; pero ciertamente las frecuentes críticas de la asistencia y el fácil espíritu de denigración son el más grande obstáculo a la libre acción del Espíritu en la reunión. Una observación hecha sin el tacto necesario, o sin amor, también puede apagar al Espíritu.

Queda claro que los “dones” que el Señor ha confiado a los suyos se ejercitarán libremente en las reuniones de iglesia, pero no exclusivamente en ellas.

El ministerio y los dones

Leer 1 Corintios 12; Efesios 4:7-16; Romanos 12:4-8; 1 Pedro 4:10-11.

En todos estos pasajes se resalta una cosa primordial: el Señor **da**. En Efesios, es Cristo quien ha dado; en Corintios, es Dios quien “ha colocado” en la Iglesia; en Romanos y en 1 Pedro se tienen dones de gracia diferentes.

Por lo tanto, no son los hombres quienes eligen o designan –aunque sea un hermano eminente, o un grupo de hermanos, o incluso una iglesia– a alguien para ejercer el ministerio de la Palabra o una función cualquiera. Es Dios quien confiere el don “como él quiso”, como le place. No hay, pues, investidura, ni consagración, ni sucesión. La iglesia dará “la diestra en señal de compañerismo” al que así ha sido dotado; reconocerá lo que Dios hizo, pero no conferirá nada.

¿Cuál es el objetivo de este ministerio?

Efesios 4:12-16 nos da la respuesta:

- a) “A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (v. 12). El objetivo del ministerio es, pues, en primer lugar la edificación, la construcción de ese edificio que el Señor ha confiado a los suyos. El evangelista, cumpliendo el ministerio que le ha sido atribuido, por la gracia del Señor traerá almas del mundo a la congregación, tal como el samaritano que halla al herido al borde del camino, tiene compasión de él, venda sus heridas, lo pone sobre su cabalgadura y lo lleva al mesón. Allí lo deja al cuidado del mesonero, figura del Espíritu Santo que obra por medio de los dones de profetas, pastores y maestros en la Iglesia, para el perfeccionamiento y la edificación.
- b) “Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto” (v. 13). Se trata de crecer. Un niño en Cristo que acaba de “nacer de nuevo” ya posee en Él todo lo que tendrá para siempre; sin embargo todavía no conoce ni su posición ni su herencia. El objetivo del ministerio es, pues, hacerlo crecer, a fin de que él y todos sus semejantes lleguen a la estatura de un varón perfecto: el de un creyente que verdaderamente ha comprendido su posición en Cristo, que tiene la certeza de ella y la goza (“vosotros en mí, y yo en vosotros”).
- c) “Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (v. 14). El que no está firme en la verdad y no ha aprendido a discernir el bien del mal, es fácilmente extraviado por diversas influencias. De ahí, por una parte, la necesidad del ministerio pa-

ra afirmar en la verdad y, por otra parte, el peligro, sobre todo para los jóvenes, de leer o escuchar enseñanzas de las cuales uno no está seguro de antemano que sean según el pensamiento del Señor. Cuán fácilmente las ideas extrañas se deslizan y dejan su huella en el espíritu, empleando “con astucia las artimañas del error” para engañar.

d) Para que “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza” (v. 15). Este es el objetivo supremo del ministerio: crecer en Él. “A fin de conocerle”, dice el apóstol. Por encima del alimento y la edificación, por encima del fortalecimiento en la verdad, y del conocimiento, está la Persona del Señor. Solo se puede crecer hasta Él siendo verdadero en el amor, el amor por él y por los suyos.

¿Cuál es el resorte de este ministerio?

1 Corintios 13, tan notablemente colocado entre los capítulos 12 y 14, nos revela el secreto: el amor. El más hermoso don, sin el amor, no es más que un címbalo que retiñe; no es nada y no aprovecha para nada. El otro resorte es la gloria de Dios, según 1 Pedro 4:11: “Para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo”.

La preocupación por uno mismo, el deseo de tener influencia, la vanidad, la rutina, pueden volver estéril un don, por más eminente que sea; por lo menos hasta que al juzgar estas cosas, se vuelva a la fuente.

¿Cules son los dones confiados?

Efesios 4 nos dice que “a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo”. Y 1 Corintios 12:7 precisa:

A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.

“

Todos los miembros del cuerpo han recibido, de parte del Señor, algo para administrar “a los otros” (1 Pedro 4), “para provecho” (1 Corintios 12:7). Una gracia recibida implica la responsabilidad de responder a esa gracia; al mismo tiempo, siempre es preciso reconocer que nada viene de nosotros: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (1 Corintios 4:7).

Pero existen **dones** específicos **fundamentales**, dados por el Señor para el bien de Su iglesia; que no son confiados a todos:

a) Los **apóstoles** y **profetas** (1 Corintios 12:28; Efesios 4:11) que pusieron el fundamento (Efesios 2:20). No ha habido sucesión apostólica, nada en la Palabra lo muestra, pero los apóstoles aún obran en medio de nosotros a través de los escritos inspirados que nos dejaron.

b) Los **evangelistas**, **pastores** y **maestros** siguen ejerciendo su ministerio aún hoy: el evangelista para atraer a las almas; los pastores y maestros (asimismo los profetas, quienes según 1 Corintios 14:3 hablan para “edificación, exhortación y consolación”) para edificar a los santos y hablar a su corazón, a su conciencia y a su inteligencia.

Algunos de estos siervos también nos han dejado un ministerio escrito. De ningún modo ha de colocárselo sobre un pie de igualdad con la Palabra inspirada; pero, ¡cuán útil es para quienes sienten la necesidad de crecer en las cosas de Dios!

Los **dones-señales** que menciona la Palabra son: milagros, lenguas, dones de sanidad. Su meta esencial en los primeros tiempos era acreditar el cristianismo: “confirmando (el Señor) la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). Es posible que tales dones puedan hallarse nuevamente en circunstancias similares en ciertos países paganos donde el Evangelio en sus comienzos necesita ser confirmado. Pero, en todo caso, en cuanto a las lenguas, la Palabra dice claramente: “Cesarán” (1 Corintios 13:8).

También hay **diversos dones** que no van necesariamente a la par con los dones fundamentales: la palabra de sabiduría, de ciencia, la fe, el discernimiento, según 1 Corintios 12:8-10. Tampoco olvidemos los dones citados en Romanos 12:8, dados al que exhorta, al que reparte, al que preside y al que ejerce la misericordia.

Una falsa humildad lleva a pensar que no es necesario buscar semejantes dones. Pero la Palabra dice: “Mas **desead** ardientemente **los dones espirituales**” (1 Corintios 14:1, V. M.). Por lo tanto es bueno, y es según Dios, hacer de ello un tema de oración para poder discernir, en la dependencia del Señor, lo que Él puede confiarnos.

Sin embargo, se puede haber recibido un don y dejarlo debilitarse, y casi apagarse por falta de uso; de ahí la exhortación a Timoteo: “Te aconsejo **que avives** el fuego del don de Dios que está en ti” (2 Timoteo 1:6). Hasta se puede llegar –y el caso es más frecuente de lo que se cree– a descuidar completamente el don recibido. Cual debió ser la sorpresa de Arquipo cuando por primera vez se leyó la carta a los colosenses ante la iglesia. Al final, después de varios saludos,

de repente retumbó esta exhortación directa: “Decid a Arquipo: **Mira** que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor” (cap. 4:17). Arquipo, probablemente hijo de Filemón (Filemón v. 1-2), seguramente se acordó de ello.

Finalmente recordemos que la Palabra nos exhorta a reconocer “a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis **en mucha estima y amor**” (1 Tesalonicenses 5:12-13). Nada de crítica destructora, ni maledicencia, sino estima, afecto, amor, obediencia, a fin de que los que “velan por vuestras almas... lo hagan con alegría, y no quejándose” (Hebreos 13:17).

La Cena y la Mesa del Señor

Los pasajes sobre la institución de la Cena en los tres primeros evangelios y en 1 Corintios 11 hablan en primer lugar a nuestros corazones. ¡Cuánto había “deseado” el Señor comer, por última vez, la pascua con sus discípulos! No era tanto a causa de la pascua en sí, sino porque en esa oportunidad iba a instituir la Cena, la cual a través de los siglos recordaría a los suyos cuánto los había amado. Las expresiones “antes que padezca” y “la noche en que fue entregado” marcan esos momentos en que se hace oír la voz que repite: “Haced esto en memoria de mí”. Como el profeta, en Isaías 26:8, queremos exclamar: ¡“Tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma”!

¿Por qué, entonces, el Espíritu de Dios quiso colocar ante nosotros, en Lucas 22:24, inmediatamente después de la institución de la Cena, la disputa que tuvo lugar entre los discípulos para saber “quién de ellos sería el mayor”? ¿No preveía el Señor que, a través de los siglos y justamente respecto a la Cena, habría semejantes disputas entre los que, a pesar de ello, lo amaban? Por lo tanto, quería mostrar qué actitud deben adoptar los suyos entre ellos. Sin duda se debe defender la verdad y alejarse de toda desviación o deformación de la enseñanza del Señor. Pero, ¿con qué espíritu debe hacerse? Él mismo nos da un sorprendente ejemplo de ello al decir:

Estoy entre vosotros como el que sirve



(Lucas 22:27).

“Yo soy”, Jehová, Él Mismo, no estaba en medio de ellos en todo su poder y gloria, sino “como el que sirve”. En esto nos dejó un modelo de la humilde actitud que conviene ante todo lo que concierne a la Cena, el recuerdo de sus sufrimientos, humildad que no es de ninguna manera incompatible con la fidelidad a Su Palabra y el combate “por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

Consideremos cuatro aspectos o significados de la Cena:

La celebración de los cristianos

Los judíos celebraban la pascua en recuerdo de la liberación de Egipto. Solo el israelita de nacimiento, debidamente circuncidado, era admitido para comer el cordero asado al fuego. Si un extranjero quería participar de esta comida, debía ser circuncidado y aceptar todo lo que marcaba la posición de separación de Israel.

Asimismo hoy, la Cena está reservada únicamente a los hijos de Dios, rescatados por la preciosa sangre de Cristo.

La pascua se celebraba una vez al año. En cuanto a la celebración de la Cena, no nos es dada ninguna regla. Pero fue el primer día de la semana, la noche de la resurrección, cuando el Señor se presentó en medio de los suyos para mostrarles sus manos y su costado. Luego esperó ocho días para volver de la misma manera. También vemos a Pablo partir el pan en Troas con los discípulos el primer día de la semana (Hechos 20:7).

En el Éxodo, y en otros textos, varias veces se repite que la pascua es la pascua de Jehová. 1 Corintios 11 insiste en que la Cena es la Cena del Señor, en la cual se anuncia la muerte del Señor, se tiene ante la vista el cuerpo y la sangre del Señor, la copa del Señor. Ciertamente él es el Salvador, pero sus derechos de Señor, la gloria y la autoridad que se relacionan con ellos, están especialmente puestos en evidencia en relación con la Cena.

El recuerdo

Pero la Cena es más especialmente **el recuerdo** del Señor:

Haced esto en memoria de mí.

“

Tomamos la Cena, pues, para él, para acordarnos de él, no para obtener una gracia o bendición. Este recuerdo no se extiende solo a su muerte, a su obra, a la liberación que resultó de ella para nosotros, sino a su misma Persona: “en memoria de **Mí**”.

“Esto es mi cuerpo”, dice el Señor a sus discípulos congregados en el aposento alto. El pan, ¿podía ser otra cosa más que pan cuando el Señor mismo, vivo, lo ofreció a sus discípulos, diciendo: “Esto es mi cuerpo”? Y cuando Jesús resucitado y glorificado renueva, por así decirlo, la institución a Pablo (“yo recibí del **Señor** lo que también os he enseñado”), su cuerpo glorioso y resucitado estaba en el cielo. ¿Cómo habría podido, pues, el pan ser físicamente su cuerpo? Cuando decimos, mostrando una fotografía o un cuadro: «Este es mi padre», todos entienden. Cuando el Señor dice: “Esto es mi cuerpo”, expresa, pues, la idea de que este pan es el símbolo de su cuerpo, como el vino lo es de su sangre. Pero, sin duda, hay algo más: para nuestras almas, espiritualmente, el pan de la Cena y la copa del Señor son, para la fe, la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo.

“Esto es... **por vosotros**”, dice el Señor. Yo cargué con el juicio, el desamparo, el sufrimiento; **esto** es “por vosotros”. ¿Menospreciaremos lo que él nos ofrece así, y lo que nos pide que hagamos en su memoria?

“**Haced** esto...”. ¿No es esto lo más grande que podamos hacer para él en la tierra? Desde la gloria, seguramente el Señor aprecia a todos los que, en alguna medida, a menudo con mucha ignorancia o perdiendo de vista una parte del significado de ese recuerdo, lo hacen, pese a todo, en memoria de él. Respondamos a su deseo tan cuidadosamente como sea posible según su Palabra, y al mismo tiempo guardémonos de menospreciar a los que lo hacen de corazón, en ambientes donde reina la confusión o de una manera que traduce su falta de conocimiento. Esto no significa que se deban aceptar las desviaciones de la institución del Señor, ¡lejos de ello! Es preciso defender la verdad contra toda deformación o todo empleo inoportuno o abusivo que se hiciera de ese recuerdo. Pero esto es muy distinto al hecho de mirar despectivamente a los que, en su ignorancia más o menos responsable de muchas cosas, sienten de corazón el deseo de recordar la muerte del Señor.

El anuncio de su muerte

“ **Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga**
(1 Corintios 11:26).

Por medio de este acto se rinde un poderoso testimonio, sin palabras, de la muerte del Señor ante el mundo y los ángeles. Es entendible que Satanás se proponga encarnizadamente velar, oscurecer y deformar semejante testimonio, o que trate de hacer caer a los que dan ese testimonio, a fin de desacreditarlos. Producir disputas y contiendas entre hermanos es la obra directa del enemigo para desviar a las almas de ese recuerdo y del Señor mismo. Debemos cuidarnos especialmente para no dar ocasión al adversario, y velar, con humildad y firmeza, para que ese testimonio dado a la muerte de nuestro Señor pueda ser mantenido.

Pese a todo lo que la Palabra nos dice de la ruina, anunciada por el Señor y los apóstoles, ella no prevé que haya época (no hablamos de circunstancias locales) en que no sea más posible tomar la Cena. Al contrario, dice expresamente: “Hasta que él venga”. Cuando el Señor vuelva, será demasiado tarde para responder a su deseo y dar testimonio de su muerte. Tal vez podamos hacerlo por muy poco tiempo.

La expresión de la unidad del Cuerpo

Vale la pena leer cuidadosamente todo el pasaje de 1 Corintios 10:14-22 y considerarlo con el contexto anterior y posterior. Desde el capítulo 8, el apóstol condena la idolatría y las cosas sacrificadas a los ídolos. Después de varios paréntesis, vuelve a ella más particularmente en nuestro versículo 14: “Por tanto, amados míos, huid de la idolatría”. Y en los siguientes versos da las razones por las cuales se debe huir de la idolatría.

Así como los creyentes tienen comunión con la sangre y el cuerpo de Cristo, y comunión los unos con los otros en el partimiento del pan, y así como los sacerdotes que en Israel comen los sacrificios tienen comunión con el altar, del mismo modo los que comen una cosa sacrificada a los ídolos tienen comunión con los demonios que se ocultan tras el ídolo. Por eso no se puede tomar la copa del Señor y la copa de los demonios.

Todo el pasaje tiene como objetivo demostrar que al participar de una mesa, de un altar, se tiene comunión con el altar, con lo que es ofrecido sobre él y con los que participan de ello. Ese «principio de comunión» del que derivan la solidaridad y la responsabilidad común, es el tercer principio, cuya síntesis con el del “remanente” y el de «lo que es de Dios subsiste», nos muestra cuál es el camino de la reunión según Dios hoy en día.

Como aquí el apóstol emplea la expresión “mesa del Señor”, hemos llegado a designar mediante ese término el aspecto de la Cena en que está expresada, muy particularmente, la comunión.

Esta comunión es doble: por una parte, la comunión de la sangre de Cristo y la comunión del cuerpo de Cristo; por otra parte, la comunión unos con otros: al participar de un solo y mismo pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo. Es, aún hoy, el único medio de expresar públicamente sobre la tierra la unidad de los creyentes en un solo cuerpo.

Por eso no se debe ir en contra de esa unidad congregándose sobre otra base o por otros motivos, o asociándose para el partimiento del pan a congregaciones que lo hacen sobre otro fundamento. Sería, además, hacerse solidario con los errores que fuesen enseñados o sustentados allí. Es, pues, necesario mantenerse alejado de toda organización que, en su misma base, contradiga la reunión como miembros del cuerpo de Cristo. Pero es preciso que en nuestros pensamientos, en nuestro corazón y en nuestra visión abarquemos a todos los redimidos, tal como el Señor los ve: todos miembros del único cuerpo, aun cuando solo algunos expresen esa unidad al participar del partimiento del pan.

¿Cómo participar de la Cena?

¿Quién es digno de participar de ese recuerdo? Nadie, si nos miramos a nosotros mismos. Pero el Señor es digno de que nos acordemos de Él. Hizo todo al ofrecerse en sacrificio a fin de hacer “perfectos para siempre a los santificados”. Es, pues, como fruto del trabajo de su alma y por haber sido hechos “aceptos en el Amado” cómo podemos acercarnos a su mesa.

Pero, para hacerlo, se requiere un estado moral, tal como lo expresan los versículos 27-34 de 1 Corintios 11.

Pruébese cada uno a sí mismo.



¿Para ver si es digno? No, para que “coma **así** del pan”. Al probarse a sí mismo, uno se verá indigno. En la luz uno será llevado a juzgar sus faltas y a sí mismo; pero también recordará que la obra de Cristo borró todo; uno se afirmará sobre la promesa de que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). **Así** comerá del pan y beberá de la copa con el sentimiento de su gracia, la única que nos permite participar de esta cena.

Los niños, aun cuando pertenecen al Señor, no parecen reunir las condiciones para participar de la Cena. Es necesario cierto discernimiento moral, para saber “andar” y juzgarse, e igualmente es preciso ser “sensatos” (1 Corintios 10:15), discernir lo que se hace. No se trata de cierto bagaje de conocimientos, sino más bien de un estado moral capaz de discernir.

Somos puestos en guardia para no comer del pan y beber la copa del Señor “indignamente”. El sentido literal es «de una manera indigna», es decir, como lo hacían los corintios, debido a un comportamiento y a una actitud en el momento de la Cena incompatibles con el acto que se cumplía. Pero se ve, mediante el contexto, que participar de la Cena sin juzgarse a sí mismo también es hacerlo indignamente. Acudir a la Mesa del Señor con otro sentimiento que no sea el de la gracia (por ejemplo, con el de la propia justicia –después de todo soy tan digno como otro– o con ligereza) es exponerse a ser “culpado del cuerpo y de la sangre del Señor”.

Por la actitud, por el estado moral, por un ambiente de contiendas y disputas se puede llegar a menospreciar “la iglesia de Dios”. Descuidar el juicio de uno mismo lo expone al castigo del Señor: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen”. Castigo que se verifica tanto desde el punto de vista físico como espiritual.

¿Quién puede participar?

La “Cena” dominical pertenece al Señor. Él decide quién puede participar.

Es claro que solo los rescatados, los que han sido lavados en la sangre del Cordero, están invitados a ese recuerdo. Al principio del libro de los Hechos, las conversiones eran tan evidentes, la manifestación de la vida era tal, que no había vacilación alguna: los que recibían la Palabra eran simplemente “añadidos”. Pero hemos visto cuán rápidamente el mal entró y dio lugar a diversas instrucciones. 1 Corintios 5 nos muestra cómo el malo debe ser quitado; el que lleva ese carácter no puede ser recibido a la Mesa del Señor: traería una levadura que mancharía a toda la Iglesia. Pero la levadura no solo representa el mal moral, sino también el mal doctrinal, según Gálatas 5:9. El que no traía la doctrina de Cristo no debía ser recibido en las casas de los creyentes; aun al saludarle, se participaba “en sus malas obras” (2 Juan 10-11). ¡Cuánto más, al expresar con él la comunión a la Mesa del Señor, se participaba de su mal estado! Y 2 Timoteo 2 nos muestra que al progresar la ruina, en el tiempo del “remanente”, es necesario apartarse de la iniquidad y purificarse de los utensilios de deshonra para poder reunirse con los que de corazón limpio invocan al Señor. Ciertas limitaciones han sido previstas, pues, por la Palabra, de modo que, si bien fundamentalmente todos los miembros del cuerpo de Cristo tienen su lugar a la Mesa del Señor, a menudo se presentan diversos obstáculos que impiden la realización práctica de tal comunión.

¿Quién decidirá si el que desea participar del pan responde al pensamiento del Señor a ese respecto? Ni un hermano, ni unos hermanos; solo la Iglesia ha recibido del Señor la autoridad administrativa aquí en la tierra (véase Mateo 18:18). Si la iglesia de Jerusalén tenía dificultad para recibir al joven Saulo sin haberse asegurado previamente de su conversión, cuánto más difícil es hoy discernir en seguida si una persona responde a la enseñanza de la Palabra en cuanto al partimiento del pan. No es la sola afirmación de alguien la que prueba que el tal tiene la fe, sino las obras que resultan de esa fe (Santiago 2:18). Tal vez se necesite tiempo para discernirlo claramente, y también para asegurarse de que no hay obstáculos como los mencionados anteriormente. Por eso, si alguien pide el lugar a la Mesa del Señor, es necesario que transcurra un tiempo prudencial hasta que la iglesia vea claro acerca de la recepción del solicitante. En la práctica, la iglesia puede fallar por precipitación pero también por excesiva lentitud. No obstante, ese tiempo será aprovechado por el interesado para profundizar, muy particularmente, las enseñanzas de la Palabra concernientes a la iglesia y a la Cena. Es el momento oportuno para hacerlo. La iglesia, una vez convencida de que el interesado es un hijo de Dios en quien no se presentan

obstáculos, lo **reconocerá** como tal. Entonces él tomará la Cena, no porque haya sido recibido o porque haya llegado a «ser un miembro de la iglesia», sino porque es un hijo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo.

En una asociación profesional, por ejemplo, un candidato a la admisión debe ser de la profesión requerida. A su pedido, será admitido por una decisión del comité o de la asamblea general de esa asociación. A partir de ese momento será miembro de ella. Si un día la asociación no le agrada más, él presentará su dimisión, la cual será aceptada al final del período estatutario. No es así en la Iglesia de Dios. Se llega a ser miembro del cuerpo de Cristo mediante el nuevo nacimiento y el sello del Espíritu Santo. Por eso, cuando un creyente pide su lugar a la Mesa del Señor, la iglesia no hace más que reconocer lo que existe. El que toma su lugar a la Mesa del Señor, lo hace como miembro del cuerpo de Cristo y nada más. Esto constituye un testimonio público de esa verdad.

Como alguien dijo, si «una agrupación de cristianos reconoce solo a sus miembros el derecho de recibir la Cena, esto crea una unidad formalmente opuesta a la unidad del cuerpo de Cristo... Se anda según un espíritu sectario cuando únicamente aquellos son reconocidos de una manera práctica, aun cuando los miembros digan que no son una agrupación».

¿Por qué hay muchos jóvenes que, pese a pertenecer al Señor, se mantienen alejados de ese recuerdo? ¿Tienen, tal vez, miedo de ceder una fracción de su preciada libertad? ¿Quizá temen no andar para la gloria del Señor y exponerse a la disciplina de la iglesia? A menudo lo hacen por indiferencia o ven obstáculos imaginarios. ¿De dónde vienen todas esas evasivas? Del enemigo, quien las suscita, incluso bajo buenos pretextos, a fin de que no se responda al último deseo del Señor. Esto nos muestra una vez más que solo el amor por el Señor, puesto por encima de todas las consideraciones humanas, puede llevarnos a hacer esto “en memoria” de él. Solo por él es importante tomar la Cena, y no bajo la influencia de alguien, ni porque convenga, ni siquiera «como una salvaguardia».

Si por amor al Señor respondemos a su deseo, podemos, con fe, contar con su poder para guardarnos del mal e inducirnos a andar juzgándonos a nosotros mismos, todo esto con el sentimiento de la gracia.

La disciplina

Existen diversas **responsabilidades** en relación con la Cena. Primeramente la de participar de ella. Luego la de juzgarse a sí mismo y discernir el cuerpo. La de no traer levadura que manche a la iglesia, a “toda la masa”. Finalmente la responsabilidad de la iglesia en cuanto a limpiarse “de la vieja levadura”, a quitar “a ese perverso de entre vosotros”. Es la disciplina en el sentido restringido.

Pero esta no es más que la última fase. Hay una disciplina preventiva y otra correctiva. Solo cuando todo lo demás ha fallado y el carácter de “perverso” es manifiesto, se procede a privar de la comunión.

La disciplina paternal exhortará, lavará los pies (Juan 13); reprenderá (1 Timoteo 5); restaurará (Gálatas 6); amonestará (1 Tesalonicenses 5:14).

Si esa disciplina no ha dado frutos, la Palabra nos presenta **la amonestación pública**, a los ancianos (1 Timoteo 5:20); al hombre sectario (Tito 3:10-11). Ordena **apartarse** de los que andan desordenadamente (2 Tesalonicenses 3:6-15). En Romanos 16:17 y 18 va aún más lejos con respecto a los que causan divisiones y tropiezos.

En los casos de falta personal, Mateo 18:15 a 17 nos muestra el camino a seguir.

Solo cuando todas estas cosas han fallado, en última instancia, por así decirlo, se llega a la **excomunió**n según 1 Corintios 5.

Cuando hay un mal manifiesto, una levadura, toda la iglesia está contaminada (véase Josué 7). La iglesia debe, pues, limpiarse, quitar el mal de en medio de ella, pero primeramente haciéndolo suyo delante de Dios y condoliéndose por la necesidad de quitar de en medio de ella al “que cometió tal acción”.

En Levítico 13 se ve, en relación con la lepra, con qué cuidados y prudencia el sacerdote debía proceder antes de llegar a la decisión final. Si estas cosas convenían bajo la ley, ¡cuánto más hoy bajo la gracia! Pero la gracia no significa indiferencia ante el mal manifiesto.

La disciplina es ejercida por la iglesia como tal, no por uno o varios hermanos, aun cuando estos hagan un examen previo. Merced a su poder apostólico, el apóstol Pablo podía juzgar a tal hombre a fin de que fuera “entregado a Satanás para destrucción de la carne” (1 Corintios 5:5), pero él no podía quitar la vieja levadura. Era necesario que la iglesia de Corinto lo hiciera. Esto es todo lo que puede hacer la iglesia; a ella no le corresponde entregarlo a Satanás.

Es infinitamente serio y grave llegar a tal apuro, y a menudo es necesario preguntarse si todos los esfuerzos de la disciplina paternal y de la disciplina correctiva han sido agotados. Pero si hubo que llegar a ese triste final, también es importante ajustarse a lo que la Palabra enseña: “No os juntéis... con el tal ni aun comáis”.

La decisión de la iglesia, una vez pronunciada, es ratificada en el cielo, según Mateo 18:18; es, pues, válida para todas las iglesias. Su propósito es doble: “para que seáis nueva masa, sin levadura como sois” (1 Corintios 5:7), y para que el culpable sea restaurado tan pronto como él haya juzgado verdaderamente el mal. Es lo que nos enseña 2 Corintios 2:5-11. En aquel caso, la restauración tampoco podía ser consecuencia de la decisión de un hermano o de varios hermanos, ni siquiera de un apóstol, sino solamente de la iglesia, la única que podía “desatar” lo que había “atado” anteriormente.

No hace falta agregar que tan pronto como la obra del Espíritu se ha manifestado en la conciencia y el corazón de la persona disciplinada, la actitud de la iglesia cambia, como dice la Palabra: “Más bien debéis perdonarle y consolarle”, confirmar “el amor para con él” (2 Corintios 2:7-8). ¿No deberíamos tener, en tales asuntos, la actitud del padre mencionado en Lucas 15, quien estaba como al acecho del regreso de su hijo? Al divisarlo “cuando aún estaba lejos”, fue movido a compasión, corrió hacia él, se echó sobre su cuello y lo besó: prerrogativa de la gracia que quiere restaurar, traer de vuelta y perdonar, la cual, cuando la restauración está plenamente cumplida, no vuelve sobre las faltas pasadas.

La esposa

Leer Efesios 5:22-32; Mateo 13:45-46; Apocalipsis 19:7-9; 21.

La Palabra de Dios emplea el ejemplo del cuerpo para mostrar la unión de Cristo con sus redimidos, tal como el Espíritu Santo la produjo. Tenemos la figura de la casa, edificio que el Señor construye; pero, por otro lado, vemos que es confiado al hombre y que la ruina lo ha alcanzado. Era necesaria otra imagen para mostrarnos la profundidad del amor de Cristo por la Iglesia. ¿De dónde tomarla?

Para presentarnos, en alguna medida, las relaciones eternas de la divinidad, tal como esta se reveló a nosotros, el Espíritu de Dios emplea los nombres del Padre y del Hijo. Por experiencia conocemos, en la tierra, el valor de tal relación.

El afecto entre hermanos resulta del hecho de tener la misma vida, el mismo padre y proceder del mismo origen.

Pero el vínculo entre el esposo y la esposa proviene de otra fuente. No tienen el mismo origen, al contrario, cada uno estaba en su ambiente; no tenían la misma vida, ni la misma familia. Entonces, ¿qué es lo que los acerca y los une más indisolublemente que a los hermanos? El amor:

Cristo amó a la iglesia.

“

He ahí la fuente de todo.

“Se **entregó** a sí mismo por ella”. Él no la santifica para hacerla suya, sino que la hace suya para santificarla. Todo lo que él era, fue dado por él mismo. Y ahora, todo lo que está en él es consagrado al bien de la Iglesia. Todas las cualidades, todas las excelencias de Cristo nos pertenecen, y todo esto como consecuencia del don de él mismo.

Habiéndola adquirido, la **santifica**. Él la forma para las realidades celestiales, mediante la presentación de cosas de las cuales él mismo es la plenitud y la gloria. Y lo hace por medio de la Palabra, al comunicar con amor todo lo que pertenece a la naturaleza, a la majestad y a la gloria de Dios.

Además la **purifica**. También aplica la Palabra para juzgar todo lo que, en los afectos actuales de la Iglesia, está en desacuerdo con lo que él comunica. Trabaja a fin de hacernos aptos para gozar de su amor (J. N. D.).

Existe, pues, una obra pasada: Cristo se entregó a sí mismo; una obra presente: él santifica y purifica; y un objetivo futuro: Cristo se presentará a sí mismo una Iglesia gloriosa. Todo está resumido en la pequeña parábola de la perla de Mateo 13. Hemos considerado con tristeza las parábolas que nos hablan de la ruina: la obra del enemigo en el campo; el mal que se abriga en las ramas del árbol que ha crecido excesivamente; la levadura que ha penetrado en las tres medidas de harina. Pero el Señor no se ha detenido allí. Ha tenido el gozo de decir “además” (v. 44) y “también” (v. 45), y de hablarnos de ese mercader “que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró”. Hermosa figura de Cristo, quien dio todo para adquirir a la Iglesia, quien la sacó del fondo de los mares de este mundo —donde se formó lentamente—, quien para rescatarla “fue”, como el macho cabrío Azazel iba por el desierto, cargado con los pecados de Israel (Levítico 16), y quien dio por ella todo lo que tenía, para hacer de ella una Iglesia santa y sin mancha.

Un día él se la **presentará** “a sí mismo”. En el evangelio de Mateo, el Señor habla ya en parábolas de ese rey que hizo fiesta de bodas “a su hijo”. Nos agrada pensar en la obra del Señor por nosotros, pero nunca olvidemos que todo es “de él, y por él, y **para él**”.

Apocalipsis 19:7 a 9 nos muestra, por así decirlo, el primer cuadro de esa iglesia gloriosa que él se presenta a sí mismo. Es, como dice el Cantar de los Cantares 3:11, “el día del gozo de su corazón”. El Cordero que tanto sufrió recibe el fruto del trabajo de su alma, el premio debido a su amor.

“Su esposa se ha preparado”. Se pueden descubrir dos significados en esta expresión. La cena de las bodas en el cielo corresponde a la Cena en la tierra. Para prepararse para la Cena es preciso juzgarse a sí mismo, y antes de participar de la cena de las bodas en el cielo, habrá que pasar por el tribunal de Cristo. No para ser condenado allí, sino para que todo lo que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo, bueno o malo, sea expuesto a la luz; que todo lo nuestro desaparezca. Entenderemos plenamente, por fin, el valor de la sangre que borró todo; así no quedará ninguna sombra entre el Señor y nosotros. Indispensable y admirable preparación para el pleno gozo de su amor. Pero hay en esa “preparación” un pensamiento paralelo en relación con el vestido de lino fino que representa “las acciones justas de los santos”. No se trata del vestido de justicia, tal como Dios nos lo dio en Cristo, sino del vestido que, hilo tras hilo, habremos tejido en la tierra. Cada acto, cada palabra, cada actitud, fruto de la vida divina en nosotros, será como uno de los hilos de ese vestido, un punto de ese bordado. ¡Cuántos pensamientos llenan el corazón de una novia que prepara así su vestido de bodas! ¡Cuánto se regocija pensando en el

día en que lo llevará junto a su esposo! Qué suave luz proyecta esto sobre la fidelidad al Señor aquí en la tierra: no la obediencia legal a sus mandamientos, sino el deseo del corazón que quiere complacerle, que busca “cómo agradar al Señor”, que anda “con diligencia” por amor a él.

Por último están las bodas **del Cordero**. Aquí en la tierra es la Cena **del Señor**: le debemos obediencia. Pero en la gloria, su carácter de **Cordero** brilla ante los ojos de todos, en medio del trono y en la cena de las bodas: Aquel que padeció, que fue obediente hasta la muerte y que cumplió todo por sus rescatados.

Apocalipsis 21 nos presenta finalmente la **esposa** en la gloria: los versículos 2 a 5, en el estado eternal; los versículos 9 a 22, durante el reinado milenial.

Hay un contraste sorprendente con la gran prostituta del capítulo 17. Para considerarla, Juan fue llevado en espíritu “al desierto”: un lugar donde no hay nada para Dios. Pero, para ver la santa ciudad, fue conducido “a un monte grande y alto”: lejos del mundo, de su agitación, de sus codicias y de sus preocupaciones. Así como otrora el Señor humillado fue transfigurado en “un monte alto”, donde sus discípulos vieron Su gloria.

La santa ciudad “desciende”. El apóstol Pablo nos presenta a los hombres muertos en sus delitos y pecados, o viviendo en sus pecados, a quienes Dios saca de este mundo, rescata, vivifica, resucita y hace sentar con Cristo en los lugares celestiales. La Iglesia será alzada de este mundo hacia la gloria. El apóstol Juan, a la inversa, nos habla de la Palabra que estaba con Dios, que fue hecha carne y habitó entre nosotros. En sus epístolas nos muestra el desarrollo de la naturaleza divina en este mundo. Aquí nos presenta a la Iglesia como descendiendo de Dios para reflejar, durante la administración del reinado, la luz: los rayos de la gloria de Cristo.

En esta ciudad todo habla de él. El jaspe: Dios conocido en su gloria; las piedras preciosas: las variadas glorias de Cristo; las puertas de la ciudad: perlas que recuerdan el valor que esa Iglesia tiene para él. Todo es pureza, transparencia y luz. “La gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”.

Pero, al final del cuadro, el versículo 27 sigue siendo solemne: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira”. ¿Quién, pues, podrá entrar en la santa ciudad? “Solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero... los que han... lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 21:27; 22:14; 7:14).

En el estado eterno, nuevamente vemos “descender” a la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la Iglesia, como una esposa ataviada para su marido. ¿Con qué fin? “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. Es entonces cuando Dios será “todo en todos” (1 Corintios 15:28). La presencia de Dios fue perdida cuando el hombre cayó; parcialmente vuelta a encontrar en el tabernáculo y luego en el templo, ella brilla en Jesús aquí en la tierra; experimentada más en la Iglesia, será la bendición eterna de todos los hombres que poblarán los nuevos cielos y la nueva tierra.

Por última vez, la Palabra menciona a la esposa para decirnos:

“ El Espíritu y la Esposa dicen: Ven
(Apocalipsis 22:17).

El libro sagrado va a cerrar sus páginas, pero aún debe resonar este emocionante llamado: “Ven”.
“Amén; sí, ven, Señor Jesús”.